

CAPÍTULO IV

Tercera campaña de Morelos. — Reorganiza sus tropas en Chiautla. — Muerte de don Francisco Ayala. — Derrota Galeana á los realistas de Citlala. — Entra Morelos en Chilapa. — Sale de este lugar para socorrer á Trujano sitiado en Huajuapam. — Sucesos militares en Oaxaca antes de este asedio. — Quién era Trujano. — Régules al frente de una división realista se presenta delante de Huajuapam (5 de abril de 1812). — Heroica resistencia de Trujano. — Los padres Sánchez y Tapia intentan socorrerle y son derrotados. — Devoción de los sitiados. — Régules convoca un consejo de guerra y propone salir al encuentro de Morelos. — Opónese el consejo. — Preséntase Morelos á la vista de Huajuapam el 23 de julio. — Ataca al día siguiente á los sitiadores. — Muerte de Caldelas. — Derrota completa de los realistas. — Pérdidas de éstos. — Merecido renombre de Trujano. — Sale Morelos de Huajuapam al frente de su división y se sitúa en Tehuacán. — Ventajas de esta situación. — Derrota don Nicolás Bravo al realista Labaqui en San Agustín del Palmar. — Le nombra Morelos jefe militar de la provincia de Veracruz. — El gobierno vireinal condena al general don Leonardo Bravo á la muerte de garrote vil. — Ejecútase esta sentencia en México el 13 de setiembre. — Nobilísima y heroica acción de don Nicolás Bravo al saber la muerte de su padre. — Combate del *ranchito* de la Virgen y muerte de don Valerio Trujano. — Expedición de Morelos á Ozumba, donde recibe ciento diez barras de plata procedentes de Pachuca. — Ataca cerca de Nopalucán un convoy realista y es rechazado. — Regresa á su posición de Tehuacán. — Se dirige luego contra Orizaba. — Derrota á los realistas en el Ingenio. — Ataca y toma á Orizaba el 29 de octubre. — Avanza el coronel Aguila hasta las Cumbres de Aculcingo. — Acción de las Cumbres. — Vuelve Morelos á Tehuacán. — Únense en este punto las divisiones de Matamoros y de don Miguel Bravo. — Es nombrado Matamoros mariscal y segundo de Morelos. — Don Hermenegildo Galeana es también promovido á mariscal. — Sale Morelos de Tehuacán al frente de su ejército y se dirige á Oaxaca. — Medios de defensa de esta ciudad. — Penosa marcha del ejército independiente. — Alarma en Oaxaca al aproximarse Morelos. — Huye á Tehuantepec el obispo Bergosa y Jordán. — Asaltan y toman la ciudad los independientes el 25 de noviembre de 1812. — Rasgo de heroico valor de don Guadalupe Victoria. — Los soldados vencedores saquean la ciudad. — Fusilamiento de Régules, González Saravia, Aristi y Bonavia. — Morelos da libertad á los prisioneros políticos encerrados en las cárceles de Oaxaca. — Disposiciones políticas y administrativas que dicta este jefe. — Funerales suntuosos de López, Armenta, Tinoco y Palacios, primeros mártires de la independencia en Oaxaca. — Juramento de obediencia á la Junta de Zitácuaro. — Establecimiento del periódico *El Correo americano del Sur*. — Importancia de la toma de Oaxaca. — Juicio de Alamán respecto de esta campaña. — Vacilación de Morelos acerca del plan de sus nuevas operaciones. — Campaña de don Nicolás Bravo en la provincia de Veracruz durante los últimos meses de 1812. — Preséntase en unión de otros jefes á la vista de Jalapa el 11 de noviembre. — Ataca vigorosamente la villa y es rechazado. — Numerosas gavillas asedian á Jalapa en diciembre. — Bravo se sitúa en el Puente del Rey. — Favorables condiciones de defensa que tiene este punto. — Bravo intercepta las comunicaciones entre Veracruz y Jalapa. — Detiene por muchos días la marcha de un valioso convoy custodiado por el brigadier Olazábal.

Había entrado en los planes y miras de Morelos, después de su brillante salida de Cuantla, continuar la campaña en la vasta zona del Sur y del Sureste para extender su dominio hasta Oaxaca y llamar de este modo la atención de los enemigos, distrayéndola de las provincias centrales donde tan crueles reveses acababan de sufrir las armas de la independencia. Unido en Izúcar á la división de don Miguel Bravo ¹ retrocedió á Chiautla, punto estratégico desde el cual podía vigilar los movimientos de Paris, ó marchar hacia tierras de Oaxaca dando la mano al valiente defensor de Huajuapam, don Valerio Trujano.

Permaneció en Chiautla hasta fines del mes de mayo, curándose de una grave caída que sufrió el mismo día de su salida de Cuantla, y allegando hombres, armas y pertrechos de guerra con la extraordinaria actividad de que dió tantas pruebas durante su gloriosa carrera. El 1.º de junio salió al frente de ochocientos hombres

con dirección á Chilapa, seguido de Galeana, Matamoros y los Bravos (don Nicolás y don Miguel).

De entre los jefes que tanto se distinguieron á su lado y que él formó en el arte de la guerra, faltaban, empero, dos de los más esforzados: don Leonardo Bravo y don Francisco Ayala. Hemos visto al primero caer en poder de los realistas y en esos momentos esperaba la muerte en las prisiones de la capital; el segundo acababa de sucumbir por la libertad de la patria. Destacado por Morelos al valle de Cuernavaca para reclutar gente, situóse en la *hacienda* de Temilpa con un corto número de soldados; pero no tardó en llegar á oídos del capitán realista don Gabriel de Armijo, destinado por Calleja á cuidar de aquel valle, la noticia de que el valiente Ayala se hallaba en la comarca, y reuniendo toda su sección cayó una mañana sobre la *hacienda* que se ha nombrado ya, tomando la precaución de rodear con sus soldados la casa que habitaba el intrépido insurgente. Desesperada fué la resistencia que éste opuso á los asaltantes, que

¹ Capítulo II, lib. II.

recurrieron al extremo de incendiar los tejados, y á pesar de que el fuego lo envolvía por todas partes, seguía luchando con valor sobrehumano. Sólo cuando las municiones se agotaron y casi todos sus soldados habían muerto al filo de la espada ó devorados por las llamas, se rindió Ayala con sus dos hijos y unos cuantos que le acompañaban. El vencedor no respetó tanto valor, y después de fusilar á todos los prisioneros de aquel épico combate mandó que sus cadáveres fuesen colgados en los árboles del camino, á la entrada del pueblo de Yuatepec.

La vanguardia de Morelos, al mando de Galeana, encontró el 4 de junio en el pueblo de Citlala á los realistas del comandante español Cerro listos á disputarle el paso. Cargaron los independientes con imponderable brío, y aunque aquéllos se defendieron tenazmente, hubieron al fin de abandonar el campo, y en él trescientos prisioneros y doscientos fusiles; la persecución se llevó hasta el pueblecillo de Acatlán, donde Añorve, otro de los jefes realistas de aquel rumbo, recogió los dispersos y emprendió la retirada con dirección á las posiciones del coronel don Francisco Paris, acampado á las cercanías de Ayutla.

Este afortunado combate abrió á Morelos el camino de Chilapa, donde entró tres días más tarde, y no obstante los ruegos del cura de esta villa, Rodríguez Bello, permitió que sus soldados saqueasen algunas de las casas principales para castigar la adhesión que los vecinos habían demostrado por la causa de la dominación. Varios de entre éstos fueron enviados al presidio de Zacatula ¹, del que volvieron en su mayor parte al cabo de algún tiempo, y á otros se les obligó á entregar armas y pertrechos de guerra para la división independiente que cada día engrosaba sus filas con entusiastas voluntarios. Entretanto Paris abandonaba violentamente sus fortificadas posiciones de Ayutla, dejando dominar á las armas de la independencia en todo el territorio que se extiende desde Chilapa hasta las puertas de Acapulco, siempre bloqueado por don Julián de Ávila desde el ya famoso campamento del Veladero. Morelos se ocupaba en la reorganización de sus tropas, cuando recibió aviso, que Trujano pudo hacerle pasar, del apuro en que se hallaba en Huajuapam, y resolvió marchar á socorrerle moviendo su división á mediados de julio, y aumentando su pequeño ejército, al pasar por Tlapa y Chiantla, con mil indios armados sólo de hondas y flechas.

La heroica defensa de Trujano en Huajuapam nos obliga á retroceder algunos meses nuestro relato. Hemos dejado al jefe español Régules Villasante fortificado en Yanhuitlán después de resistir un ataque de los indepen-

dientes, y vencedor del comandante Bobadilla, derrotado en Teposcolula á fines de febrero ¹. Pero al mismo tiempo, reuníanse en Tamasulapam don Valerio Trujano, don Miguel Bravo y el padre Mendoza con dos mil hombres de la Mixteca y de la Costa disponiéndose á intentar nuevo ataque contra Yanhuitlán, lo que obligó á Régules á reforzar sus atrincheramientos y á acopiar víveres y municiones en gran cantidad. Presentáronse aquéllos ante esta plaza en los primeros días de marzo y comenzaron el ataque con el mayor éxito, pues que no tardaron en encerrar á Régules en la iglesia y varias casas contiguas, después de disputar los realistas palmo á palmo el terreno y de empeñar en cada trinchera un combate obstinado y sangriento. Su comandante pidió auxilio á Oaxaca, y aunque en esta ciudad no abundaban las fuerzas disponibles, como el caso era grave, se aprestaron apresuradamente doscientos hombres que salieron á toda prisa para Yanhuitlán, pero cuando llegaron á este punto, los sitiadores, que estaban próximos á obtener un resultado ventajoso, después de varios días de recios combates, levantaron el asedio y abandonaron la empresa. «Varias explicaciones se han dado sobre esta ocurrencia, dice el autor de *México y sus revoluciones*, pero hasta hoy se ignora su verdadera causa, y es muy probable que influyeron en ella á la vez, las órdenes de Morelos para ser prontamente auxiliado en Cuautla, la ignorancia en que se hallaban los sitiadores del verdadero estado de la plaza, y el recelo de que las fuerzas salidas de Oaxaca fuesen más numerosas de lo que eran realmente. Sea como fuere, el sitio de Yanhuitlán y los ataques dados á esta plaza serán siempre honrosos á los jefes y á las tropas que lo emprendieron, no ya por el valor personal de unos y otras, que era común á todos los insurgentes, sino por la pericia, tino y acierto con que fueron dirigidas todas las operaciones militares, y la entereza y constancia que desplegaron en sostenerlas ²».

Bravo marchó en dirección á Cuautla, y ya hemos visto los esfuerzos que hizo para introducir víveres en la plaza, en tanto que Trujano, situándose entre Yanhuitlán y Cuicatlán, se hacía dueño de un convoy de cien fusiles que de Veracruz se enviaba á Oaxaca, y sorprendía en un desfiladero al realista don Manuel Güendulain, quedando éste muerto en la acción y destrozada su pequeña tropa. Alcanzada esta ventaja, se fortificó en Huajuapam, villa de importancia situada cerca de los límites que separan á Puebla de Oaxaca, y que puede considerarse como la capital de la comarca que en lo antiguo llevó el nombre de *Mixtecapam*. Era Trujano natural de Tepecuacuilco y antes de la insurrección había sido arriero; el levantamiento del ilustre Hidalgo lo decidió á tomar participio en la causa de la patria, y la revolución

¹ Entre éstos se contó el gigante Martín Salmerón, que volvió de Zacatula al cabo de algún tiempo, incorporándose á la escolta de Morelos, de la que se retiró y murió en su casa. El retrato de este hombre, notable por su alta estatura, se conservó durante muchos años en el Museo de México. (Véase Alamán, tomo III, pág. 248). Su estatura media 2^m.224, según Humboldt, *Ensayo político sobre Nueva España*, tomo I, pág. 167, edición de 1822.

² Capítulo I, lib. II.

³ J. M. L. MORA. — *México y sus revoluciones*, tomo IV, página 338.

lo sacó de la oscuridad, como á tantos otros, para colocarle en el lugar que le correspondía. Refiérese que la proclamación de la independencia de Dolores le halló con deudas que no pudo satisfacer ni aun con la venta de las mulas y enseres que le pertenecían, y que se resolvió á redoblar su trabajo para pagar y entrar luego, sin mengua de su honra, al servicio de la patria. Hízolo así, y á mediados de setiembre de 1811 se alzó en armas con diez y siete hombres, adquiriendo en pocos meses grande influencia y prestigioso nombre en la Mixteca. Era honrado y probo, y estas virtudes armonizaban en él con una devoción sincera que no se oponía, sin embargo, al cumplimiento de sus deberes de soldado, de manera que jamás fué sorprendido por el enemigo, ni se advirtió en él la menor falta militar: «la conciencia religiosa, dice el escritor que antes hemos citado, era el móvil de todas sus acciones, y por ella adquirió una impasibilidad y una firmeza de carácter que lo mantenían inalterable en la próspera y la adversa fortuna, y lo hacían persistir invariablemente en sus empresas sin inquietarse por el resultado. Trujano jamás admitió en su división sino hombres útiles y robustos, y dió á las partidas que pretendían hostilizarlo fuertes golpes que lo hicieron temible desde el principio; diez y seis triunfos consecutivos obtuvo sobre ellas y todos le produjeron armas, municiones, víveres y dinero, sin contar algunos prisioneros que se resolvieron á militar á sus órdenes y le sirvieron muy bien en lo sucesivo.»

Bonavía, comandante en jefe de la brigada de Oaxaca, dispuso desalojar á Trujano de la importante posición de Huajuapam, y al efecto formó una división compuesta de la tropa de Régules, de la legión eclesiástica de clérigos y frailes levantada por el fogoso obispo Bergosa, de los sirvientes armados por Esperón y Vega en sus fincas de campo, y de las que el jefe Caldelas había reclutado en la costa del Pacífico. Todas estas tropas, en número de mil quinientos hombres con catorce cañones suficientemente provistos de parque, fueron puestas á las órdenes del mismo Régules¹, quien se presentó delante de Huajuapam el 5 de abril (1812). Colocó ese mismo día sus líneas sitiadoras, situándose el segundo en jefe Caldelas en el Calvario, que es punto dominante por el rumbo norte; al poniente acampó Esperón con los suyos; al sur el capitán don Juan de la Vega, y al oriente Régules en persona con lo más escogido de la división. Cinco días después rompieron los sitiadores un vivo fuego de cañón, que Trujano no pudo contestar porque carecía de artillería, pero con los

canales de las azoteas simuló cañones que colocó en determinados puntos como si formasen baterías; al darles fuego mandaba disparar una *cámara* ó grueso cohete cerca de sus improvisadas piezas, haciendo creer á los españoles que era dueño de verdadera artillería; poco después fundió con las campanas del pueblo tres cañones, sirviéndose de las piedras lisas que arrastra el arroyo de Huajuapam para cargarlos, y aprovechando también para ello las balas que disparaban los enemigos.

Fueron terribles y continuos los ataques que emprendieron los realistas contra Huajuapam desde el 10 de abril hasta el 24 de julio, en que el sitio se levantó, sin que hubiese día en que cesase el fuego, ni se dejara de combatir, ó se fraguase alguna intriga sobre la plaza para tomarla ó sorprenderla; pero todo se estrellaba en el entusiasmo patriótico y ardiente valor que supo Trujano infundir á la guarnición, así como en la vigilancia, siempre atenta y despierta, de este benemérito patricio. «Acaso no ha habido en el mundo, dice el distinguido historiador Mora, una defensa de plaza conducida con más regularidad que lo fué la de Huajuapam: á ello contribuyó lo reducido de la población, pero el genio de Trujano fué el agente más poderoso. Resuelto á perecer ó cansar á los sitiadores, estableció una especie de disciplina monástica, que desde el primer día hasta el último se observó sin interrupción, sometiendo á su voluntad todos los vecinos y soldados en fuerza del ascendiente que sobre ellos le daba el aire de inspiración que lo caracterizaba. Desde el primer día se apoderó de los víveres, que repartía por sí mismo, con absoluta igualdad, y en sólo la cantidad suficiente á cada familia ó persona. En el mismo, arregló toda la distribución del tiempo, que se seguía sin otra interrupción que la que exigían los casos fortuitos de las operaciones militares. En esa distribución entraban, como parte muy principal, las prácticas devotas á que el jefe era muy inclinado: éstas se hacían en común con un fervor, que no siendo debilitado ni interrumpido por ningún género de distracciones, en una población corta, poco avanzada en los goces de la vida, y secuestrada, por decirlo así, del comercio humano, hizo que sus habitantes llegasen á ver la muerte con la mayor indiferencia, persuadidos como lo estaban de sostener una causa justa¹.»

La fuerza sitiadora se aumentó con varios batallones y dos piezas de artillería procedentes de Oaxaca, y en cambio el bravo Trujano veía con inquietud que sus municiones de guerra, de las que se hacía gran consumo para rechazar los incesantes ataques que se le dirigían, comenzaban á escasear, sin que sus elementos le permitieran fabricarlas. A mediados de mayo los padres Sánchez y Tapia, sea por orden que recibieron de Morelos ó por inspiración propia, se presentaron en las inmediaciones del Calvario al frente de cuatrocientos hombres mal armados. El comandante Caldelas, segundo

¹ «Antes de salir Régules de Yanhuatlán, dice Bustamante, cometió un exceso digno de los Nerones y Calígulas. Por temores, sospechas, ó por lo que se quiera, mandó atar á veintitantos indios miserables, por detrás; situólos bajo de la horca de la plaza del pueblo, y les hizo cortar las orejas; comenzaron á manar sangre espantosamente, y en esta actitud, y al resistidero del sol los tuvo desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde que los hizo retirar, muriendo á poco muchos de ellos.» (*Cuadro histórico*, tomo II, pág. 100, edición de 1844). — Alamán adopta la relación de Bustamante al referir este hecho salvaje.

¹ *México y sus revoluciones*, tomo IV, pág. 369.

de Régules, noticioso de la aproximación de los independientes, dispuso una emboscada que no pudieron evitar aquéllos, y en la cual cayeron el 17 de mayo, perdiendo la artillería y las armas que llevaban, y logrando escapar con muchísimo trabajo los dos prelados insurgentes. Entonces fué cuando Trujano hizo salir de la plaza un mensajero que llevase aviso á Morelos de la situación difícil en que se hallaba.

Reunidos frecuentemente los vecinos y defensores armados de Huajuapam en la parroquia, se entregaban allí á la oración y entonaban cánticos fervorosos, dice el historiador Bustamante, implorando el auxilio del Señor de los ejércitos y levantaban hasta él sus corazones. Luego, requerían la espada y la vibraban contra sus enemigos, llenándolos de confusión, pues Régules se mostraba atónito. Venérase en Huajuapam la imagen del *Señor de los Corazones*, á la que el jefe independiente hacía una novena, con asistencia de toda la guarnición, y precisamente en el noveno día se tuvo noticia de que Morelos se había puesto en marcha para socorrer la plaza¹. Nueva tan importante fué celebrada por los sitiados con grandes demostraciones de regocijo: salvas, ruidosos campaneos é iluminación general indicaron al receloso Régules que los defensores festejaban algún suceso extraordinario, y entreviendo el verdadero motivo, convocó un consejo de guerra al que propuso que se levantase el sitio para salir al encuentro de los que sospechaba venían en auxilio del pueblo, pero la junta decidió que el sitio continuase, y «el comandante Caldelas, mal avenido con él hacía algún tiempo, lo trató de cobarde, comprometiéndolo así á permanecer²».

Aproximábase Morelos, en efecto, y el 23 de julio su vanguardia, al mando de don Miguel Bravo, á quien se habían unido ya los padres Sánchez y Tapia, se presentó al caer la tarde amagando el campamento de Caldelas. Este valiente jefe realista cargó entonces sobre Bravo y lo hizo retroceder con grandes pérdidas quitándole dos cañones, pero al día siguiente toda la división de Morelos llegó enfrente de los sitiadores resuelta á combatir, aunque inferior en número y calidad. Formados en cuatro columnas los independientes atacaron por otros tantos puntos: Galeana con sus intrépidos costeros arremetió contra las posiciones de Caldelas, y á poco cayó éste atravesado de un bote de lanza, gritando ¡*Viva España!* momentos antes de espirar; su muerte infundió desaliento á los suyos que comenzaron á cejar y huyeron luego al campamento de Régules; Bravo, ardiendo en deseos de vengar su derrota de la víspera, se lanzaba furioso sobre las posiciones de Esperón y lo desbarataba prontamente recobrando sus dos piezas de artillería, en tanto que don Juan José Galeana y don Vicente Guerrero

asaltaban, respectivamente, otros dos puntos de la línea. Trujano, por su parte, desde el principio del combate había cargado con toda la guarnición sobre el campamento de Régules que era el más inmediato y lo estrechaba con redoblados é impetuosos asaltos; era ya crítica la situación del jefe realista cuando Galeana, desembarazado de Caldelas, como acabamos de ver, se presentaba por su retaguardia: Régules no creyó ya posible mantener su posición entre dos fuegos y quiso retirarse en orden, pero no tuvo tiempo de hacerlo, porque los independientes lo acometieron tan vigorosamente que la retirada se convirtió en una fuga tumultuosa. El jefe realista y su compañero Esperón huyeron á uña de caballo hasta Yanhuitlán, donde llegaron á poco las reliquias de la división española, pero Morelos no les dió tiempo de organizar una nueva defensa destacando en su persecución al mismo Trujano que los ahuyentó hasta Oaxaca, y que en el alcance no dió cuartel á ninguno de los que cayeron en sus manos, calculándose en cuatrocientos los muertos que dejaron los vencidos en el campo de batalla.

Los despojos de esta completa victoria fueron treinta cañones, mil fusiles, parque en abundancia y gran número de caballos; los prisioneros en número superior á trescientos¹, fueron enviados al presidio de Zacatula, y muchos de los dispersos huyeron á los pueblos de Mixteca de donde se les había sacado para que empuñasen las armas en defensa del rey. Sus resultados inmediatos, la salvación de Trujano y de sus valientes, y la dominación de las armas nacionales en casi toda la provincia de Oaxaca. El sitio de Huajuapam, que duró ciento cinco días², fué uno de los más gloriosos episodios de la guerra de la independencia, y no se sabe qué admirar más, si la constancia de sus defensores, la habilidad de su jefe, y la subordinación en que supo y pudo mantener éste á sus soldados. Con razón el nombre de Trujano debe pasar á la posteridad como emblema de ardiente patriotismo y título de noble orgullo para México.

Bien pudo Morelos marchar entonces contra Oaxaca, cuyo camino acababa de abrirle su reciente y espléndida victoria, y á ello le urgía Trujano representándole la facilidad de la empresa y los cuantiosos elementos y recursos que valdría á los independientes su conquista, pero aquel caudillo no creyó que sus fuerzas bastaran á vencer la resistencia que pudiera oponerle una ciudad tan importante, y que habría de detenerle algunos días, dando tiempo á que el gobierno vireinal dirigiese en su

¹ BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo II, pág. 104. — Alamán adopta en esta parte, y casi al pié de la letra, la relación de Bustamante.

² BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo II, pág. 104. — Alamán adopta la relación de Bustamante.

¹ J. M. L. MORA. — *México y sus revoluciones*, tomo IV, página 372. — BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo II, pág. 106. — Duélele á Alamán asentar el número de prisioneros que en este combate tuvieron los realistas, y lo reduce á *ciento setenta*; en cuanto al número de muertos sólo dice que los realistas tuvieron *mucha pérdida*.

² Alamán dice que su duración fué de *ciento once* días, pero si se tiene en cuenta que el asedio empezó el 10 de abril y terminó el 24 de julio, se verá que es más exacta nuestra afirmación.

daño las divisiones combinadas de París y de Llano. Por otra parte, los recursos que á la sazón se hallaban á su alcance sólo le permitían esperar un éxito seguro de choques con divisiones aisladas, de segundo orden, y cuya derrota le daría la doble ventaja de debilitar insensiblemente al enemigo y de fortificar su ejército en la misma proporción ¹.

Desoyendo los consejos de su fogoso compañero de armas, resolvió Morelos marchar á Tehuacán, donde llegó el 10 de agosto á la cabeza de poco más de tres mil hombres, acompañado de los Galeanas, Trujano, don Nicolás Bravo, Guerrero, el padre Tapia y otros, y avisó de su partida al coronel Matamoros, que había quedado en Izúcar ocupado en organizar una brillante división que pronto iba á entrar en campaña. La resolución de Morelos manifiesta sus grandes talentos militares, pues además de los motivos que la determinaron en su ánimo, y de que hemos dado ya cuenta, con su situación en Tehuacán amenazaba al mismo tiempo á Oaxaca, Orizaba, Puebla y al camino de Veracruz á la capital, que pasa diez leguas al norte, y que le ofrecía la oportunidad de atacar con buen éxito los convoyes, único medio de comunicación que entonces era posible, y para cuya custodia destinaba fuerzas considerables el gobierno vireinal, separándolas de las guarniciones ó de los cuerpos de ejército en campaña.

Acudieron entonces al lado del ilustre caudillo del Sur varios patriotas que figuraron luego con distinción en las filas de la independencia. Entre ellos, preciso es mencionar á don Antonio de Sesma, rico propietario de aquellos rumbos, y don Juan N. Rosains, quien después de haberse levantado en armas en su *hacienda* de la Rinconada ² había sido desarmado y reducido á prisión por el terrible guerrillero Arroyo.

Pocos días habían transcurrido después de la llegada de Morelos á Tehuacán, cuando se le ofreció una oportunidad de aprovechar alguna de las ventajas que su excelente posición le aseguraba. El gobernador de Veracruz, que lo era entonces el brigadier Dávila, dispuso que saliese con dirección á Puebla el teniente coronel don Juan Labaqui al frente de trescientos sesenta soldados de las tres armas y algunos cañones para conducir al interior la correspondencia que se había rezagado en el puerto. Era el español Labaqui de valor reconocido, y aunque no militar de profesión, tenía fama de animoso y entendido en el arte de la guerra, por haber servido algún tiempo en las tropas de su nación que la hicieron contra Francia en 1793; en Veracruz fué nombrado capitán del batallón de *voluntarios patriotas*, y esta vez se le designó para el mando de la expedición. Ordenósele que siguiera el camino de Orizaba, pues el

de Jalapa estaba henchido de insurgentes, y se le previno, que llegado á la Mesa Central se detuviese en San Agustín del Palmar, donde fuerzas salidas de Puebla recibirían el convoy que se le había confiado. Avanzó felizmente Labaqui hasta Orizaba, arrollando algunas pequeñas partidas que encontró á su paso; subió las cumbres de Aculcingo, y entró sin novedad ninguna en las llanuras que se extienden hasta Puebla, alojándose en el pueblo de San Agustín del Palmar.

Supo Morelos el paso de Labaqui á pocas leguas de su cuartel general, y luego, que este jefe permanecería algunos días en San Agustín. Excitado por el intendente de su ejército, don Antonio de Sesma, que le representó la facilidad de destruir la corta división realista, dispuso que una tropa de doscientos hombres de la costa, las guerrillas de Arroyo y del Bendito y los oficiales superiores don Ramón Sesma, don Pablo Galeana y don Nicolás Bravo, todos á las órdenes de este último, marchasen á batir á los realistas del Palmar. Salió recatadamente de Tehuacán Bravo con los suyos en la noche del 18 de agosto (1812), y después de caminar catorce horas, sin tomar respiro, se presentó frente al Palmar á las once del siguiente día. Al tener noticia de la aproximación de los independientes, Labaqui se fortificó en tres casas de la calle principal del pueblo, habiendo descuidado de ocupar el pequeño cerro del Calvario donde se colocaron desde luego los soldados de Bravo. Éstos avanzaron al interior del pueblo, y desde las casas que daban frente á las que había fortificado Labaqui comenzaron á batirlo logrando desalojarlo de dos de ellas, y reducirlo á una sola, después de un combate sangriento y porfiado que únicamente interrumpió la noche.

Renovóse con furia la pelea desde las primeras horas del día 20; defendíanse con bravura los realistas, reducidos ya á un solo punto, y atacaban con igual brio los independientes deseosos de alcanzar victoria antes de que llegase algún refuerzo que pudiera enviarse de Puebla. Resueltos á dar término á la lucha se echaron sobre la puerta de la casa, arrostrando las descargas de un cañón allí colocado, y entraron en ella arrollando con sus bayonetas todo lo que hallaban á su paso. El capitán Palma, que iba á la cabeza de los valientes negros de la Costa, dividió con su sable la cabeza de Labaqui, que se hallaba en primera línea resistiendo el asalto, y cayendo muerto también el segundo jefe, todos los realistas se rindieron á discreción. Más de cuarenta muertos, mayor número de heridos, doscientos prisioneros, trescientos fusiles, tres cañones y toda la correspondencia que se enviaba de Veracruz fueron los trofeos de esta completa victoria. Al volver Bravo á Tehuacán fué felicitado calurosamente por sus compañeros de armas, y Morelos recibió de sus manos, con grande satisfacción, la espada del valiente y vencido Labaqui. Los prisioneros, cuya vida fué respetada ¹, se destinaron

¹ El historiador Mora (*México y sus revoluciones*, pág. 373), afirma haber visto una carta de Morelos en que se hallan consignados los motivos que tuvo presentes para no emprender nada en esa época sobre Oaxaca, y que son los mismos que hemos referido.

² Véase capítulo anterior.

¹ «Bustamante, en su *Cuadro histórico*, refiere que Morelos

á la provincia de Veracruz, cuyo mando militar se confirió á don Nicolás Bravo en merecido premio de su completo triunfo.

Frescos aún los laureles que acababa de conquistar en San Agustín el valiente joven, marchó á la provincia que se le señalaba para dirigir en ella la campaña, y á principios de setiembre avanzó con tres mil hombres hasta Medellín, después de atacar un convoy realista en el Puente del Rey, tomando noventa prisioneros á las tropas que lo custodiaban. Allí debía cubrirse Bravo de una gloria inmortal que no tiene semejante en la historia.

Su padre, el general don Leonardo Bravo, prisionero de los realistas desde el mes de mayo ¹, había sido condenado en México á la pena de muerte, é igual fin estaba destinado á don José María Piedras y á don Luciano Pérez, aprehendidos al mismo tiempo que el primero, después de la salida de Cuautla. Suspendió el virey, sin embargo, la ejecución de la sentencia con la esperanza de que el prisionero influyese en el ánimo de su hijo don Nicolás y de sus hermanos, para que, desertando de las filas de la independencia, se acogiesen al indulto, y bajo esta condición se le ofrecía la vida. Pero el joven caudillo, aunque autorizado por Morelos para salvar á su padre admitiendo el indulto ofrecido por el gobierno vireinal, no creyó deber confiar en las seguridades que se le daban, pues tenía presente que algún tiempo atrás los hermanos Orduñas, vecinos de Tepecuacuilco, fueron víctimas de la felonía del coronel realista don José Antonio Andrade, quien les ofreció también el indulto, y cuando los tuvo en su poder, mandó quitarles la vida.

Entonces Morelos escribió al virey Venegas proponiéndole, á trueque de la vida de don Leonardo Bravo, la devolución de ochocientos prisioneros, españoles en su mayor parte. A su vez, el gobierno vireinal desechó esta proposición, y el 13 de setiembre de 1812, el general Bravo y sus compañeros de prisión, Piedras y Pérez, sufrieron en México la pena de garrote vil, mostrando el primero, en sus instantes postreros, la calma y el valor de que dió tantas pruebas en los combates. Al comunicar Morelos esta dolorosa noticia á don Nicolás Bravo le ordenaba que pasase á cuchillo á todos los prisioneros españoles que tenía en su poder, y cuyo número era de trescientos. Oigamos referir al mismo héroe su acción imponderable con la sencillez de un hombre de Plutarco: «... Efectivamente; dije en la causa que se me formó en Cuernavaca que el virey Venegas me ofrecía amnistía y

la vida de mi padre si me presentaba, y que no lo verifiqué por el ejemplar muy reciente que me ofrecía la muerte de los Orduñas en Tepecuacuilco. Estos Orduñas eran dos hermanos, don Juan y don Rafael, sujetos propietarios y del mayor influjo en aquel pueblo, y cuando el señor Andrade entró en él con quinientos hombres, después de tres días que lo habían desocupado los insurgentes, los Orduñas, sin embargo de no haber tomado partido, se retiraron á sus inmediaciones, por temor seguramente de algún ultraje de las tropas, y en seguida una partida de éstas se dirigió al rancho de don Rafael y lo apresó en su misma casa, conduciéndolo de este modo á Tepecuacuilco, donde dispuso Andrade encapillararlo inmediatamente, y al mismo tiempo mandó decir á don Juan Orduña que si no venía á presentarse fusilaba á su hermano al día siguiente; éste, tanto porque no había tomado partido por los insurgentes, cuanto por libartar á su hermano, marchó de su rancho á presentarse al señor Andrade, quien luego mandó ponerlo en capilla con su hermano, y al día siguiente fueron fusilados los dos. Este hecho escandaloso casi lo presencié con mi padre, porque nos hallábamos entonces en Iguala, distante un poco más de una legua de Tepecuacuilco. Nadie podrá dudar que yo estaba dispuesto á hacer cualquier sacrificio por la vida de mi padre en su prisión, y más, teniendo, como tenía, permiso de Morelos para hacerlo; pero este hecho bárbaro me horrorizó de tal manera que me hizo desistir de libartarlo por el medio que me propuso el virey Venegas.

«Cuando el señor Morelos estuvo en Tehuacán me nombró general en jefe de las fuerzas que obraban por la provincia de Veracruz en ocasión que se le dió la noticia de que Labaqui salía de Orizaba para Puebla con una división, por lo que me ordenó que saliese inmediatamente á batirlo por San Agustín del Palmar, lo que verifiqué, y aunque anduve toda la noche, me encontré al amanecer en las inmediaciones de este pueblo, que estaba ya ocupado por las tropas de Labaqui; comencé á batirlo, y logré, después de cuarenta y ocho horas de acción, una completa victoria, haciendo doscientos prisioneros que mandé con una escolta para la provincia de Veracruz, y regresé con todos mis heridos para Tehuacán, á dar cuenta de la acción de armas que se me confió. En esta entrevista que tuve con el señor Morelos, me manifestó que iba á dirigir una comunicación al virey Venegas, ofreciéndole por la vida de mi padre ochocientos prisioneros españoles y que me avisaría su resultado. Inmediatamente regresé para la provincia de Veracruz, donde á los cinco días de mi salida de Tehuacán tuve otra acción favorable en las inmediaciones del Puente Nacional, atacando á un convoy que se dirigía á Jalapa con algunos efectos; les tomé noventa prisioneros y me dirigí á la villa de Medellín donde establecí mi cuartel general, y desde donde hostilizaba á Veracruz con tres mil hombres que estaban á mis órdenes. Después de

hizo fusilar en Tehuacán á 19 de los prisioneros, no obstante las instancias de Bravo para salvarlos de tan desgraciada suerte; que agregó algunos á su ejército y á los demás los mandó á Zocatula. Morelos no dice en sus declaraciones que hiciese fusilar á ningún prisionero y yo he debido seguir de preferencia lo que dice el mismo general Bravo en la carta inserta en el *Apéndice* de este tomo, documento núm. 5.» (Nota de Alamán en su *Historia de México*, tomo III, pág. 258).— Véase también en este punto *Biografía de Bravo* (*Hombres ilustres mexicanos*, tomo IV, pág. 184).

¹ Capítulo II, lib. II.

pocos días me comunicó el señor Morelos que no había sido admitida la propuesta que hizo al virey, y que éste, al contrario, había mandado que diesen garrote á mi padre y que ya era muerto, ordenándome al mismo tiempo que mandara pasar á cuchillo á todos los prisioneros españoles que estaban en mi poder, manifestándome que ya había ordenado que hicieran lo mismo con cuatrocientos que había en Zacatula y otros puntos: esta noticia la recibí á las cuatro de la tarde, y me sorprendió tanto, que en el acto mandé poner en capilla á cerca de trescientos que tenía en Medellín, dando orden al capellán (que lo era un religioso llamado Sotomayor) para que los auxiliase; *pero en la noche, no pudiendo tomar el sueño en toda ella, me ocupé en reflexionar que las represalias que iba yo á ejercitar disminuirían mucho el crédito de la causa que defendía, y que observando una conducta contraria á la del virey, podría yo conseguir mejores resultados, cosa que me halagaba más que mi primera resolución; pero se me presentaba para llevarla a efecto la dificultad de no poder cubrir mi responsabilidad de la orden que había recibido, en cuyo asunto me ocupé toda la noche, hasta las cuatro de la mañana que me resolví á perdonarlos, de una manera que se hiciera pública, y surtiera todos los efectos en favor de la causa de la independencia: con este fin, me reservé esta disposición hasta las ocho de la mañana, que mandé formar la tropa con todo el aparato que se requiere en estos casos para una ejecución; salieron los presos que hice colocar en el centro, en donde les manifesté que el virey Venegas los había expuesto á perder la vida aquel mismo día, por no haber admitido la propuesta que se le hizo en favor de todos por la existencia de mi padre, á quien había mandado dar garrote en la capital; que yo, no queriendo corresponder á semejante conducta, había dispuesto, no solo el perdonarles la vida en aquel momento, sino darles una entera libertad para que marchasen adonde les conviniera: á esto respondieron, llenos de gozo, que nadie se quería ir, que todos quedaban al servicio de mi división, lo que verificaron, á excepción de cinco comerciantes de Veracruz que por las atenciones de sus intereses se les expidieron pasaportes para aquella ciudad; entre éstos se hallaba un señor Madariaga, que después, en unión de sus compañeros, me manifestó su reconocimiento con la remesa de paños suficientes para el vestuario de un batallón ¹.*

Nunca, ni en los tiempos pasados ni en las modernas edades, pudo la historia consignar en sus páginas una acción tan generosa; y nunca la magnanimidad humana expresó sus altos y bendecidos dones con más

sublime sencillez que la del héroe mexicano en el documento que acabamos de copiar. En medio de aquella guerra de exterminio, hace lucir Bravo el noble sentimiento del perdón como una suprema protesta de la humanidad, cuyos fueros estaban desconocidos y hollados; condena el bárbaro sistema de represalias; enseña á los dominadores á respetar la vida de los vencidos, á ellos, que inmolaban sin excepción á cuantos prisioneros caían en sus manos; enfrente de Venegas, de Calleja, de Cruz (el héroe de Alamán), de Trujillo, de Llano, de Porlier, de Castillo Bustamante y de tantos otros tintos en sangre mexicana y ávidos de venganza, se irgue la inmaculada figura del patriota dando vida y libertad á los prisioneros que tenía en su poder; y hace esto cuando sabe que su noble padre, después de prolongado cautiverio, ha sucumbido en el suplicio tan sólo destinado á los ladrones y asesinos; y perdona, cuando su respetado y temido jefe le ordena que castigue. Ahoga su inmenso dolor, y en las reflexiones á que se entrega, al recibir tal orden, no piensa en la sangre paterna todavía caliente; atento únicamente á los intereses de la patria, cree que las represalias que se le manda ejecutar disminuirán mucho el crédito de la causa de la independencia, y que observando una conducta contraria á la del virey conseguirá quizás mejores resultados; no encuentra más que una dificultad para ello, la de no poder cubrir su responsabilidad desobedeciendo la orden que ha recibido; y después de meditar toda la noche resuelve perdonar á los prisioneros de una manera pública para que el perdón surta todos sus efectos en favor de la causa de la independencia. Bravo conquistó ese día para la patria títulos al respeto universal y rehabilitó la dignidad humana en medio de aquella época de desenfadada crueldad.

Apenas acababa este heroico mexicano de eternizar así su claro nombre, sucumbía en el campo de batalla el esforzado defensor de Huajuapam don Valerio Trujano. Enviado por Morelos para impedir que los realistas de Puebla se proveyesen de víveres en las haciendas del rumbo de Tepeaca, llegó Trujano el 4 de octubre al rancho de la Virgen, situado entre Tlacotepec y esa última villa, guarnecida por cuatrocientos soldados del rey á las órdenes del teniente coronel don Saturnino Samaniego. Por su parte, el jefe independiente sólo contaba con poco más de cien hombres, resuelto, sin embargo, á defenderse á todo trance en la posición que había elegido, en espera del intrépido Galeana, que debía salir de Tehuacán para apoyar sus movimientos. En las primeras horas del día siguiente, 5 de octubre, los realistas de Tepeaca en número de trescientos, y al mando del mismo Samaniego, atacaron vigorosamente el rancho de la Virgen defendido con igual brío por los valientes de Trujano; la resistencia desesperada que éstos opusieron duró hasta el día 7: al caer la tarde, la casa en que se hicieron fuertes comenzó á incendiarse por todos

¹ Carta escrita en 1850 por el general de división don Nicolás Bravo á don Lucas Alamán, y publicada por éste en el tomo III de su *Historia de México*. (Apéndice, documento núm. 5) Edición de 1850.

lados, y esto les obligó á salir abriéndose paso por entre los sitiadores y quedando muertos con este motivo catorce de los compañeros de Trujano. Éste, aunque herido, había logrado ponerse en salvo, pero al ver que su hijo permanecía aún en la casa incendiada voló á su socorro y á la muerte, pues derribado del caballo que montaba sucumbió acribillado á balazos; también cayeron á su lado el capitán Gil y otro de sus oficiales, con lo cual se dispersó en desorden el resto de la fuerza, retirándose los realistas precipitadamente á Tepeaca, por temor al refuerzo que pudiese salir de Tehuacán. Llegó Galeana, en efecto, pero cuando todo había concluido, no haciendo otra cosa que recoger el cadáver de Trujano y el del capitán Gil que fueron sepultados con pompa militar en el cuartel general de Morelos.

Seis días después de la muerte del valiente Trujano ¹ salió Morelos de Tehuacán al frente de una fuerte sección con el objeto de recibir las ciento diez barras de plata que le enviaban desde Pachuca los jefes independientes Serrano y Osorno. Recibiólas, en efecto, en Ozumba el 18 de octubre; pero cuando disponía su vuelta al punto de partida supo que un convoy realista salido de Puebla en días anteriores avanzaba en aquellos momentos de Nopalucan hacia Perote, y que á las tropas del coronel Rivas, jefe primero de la expedición, acababan de unirse el coronel don Luis del Aguila con las fuerzas que guarnecían á Tepeaca, y el brigadier don Rosendo Porlier que con los restos del batallón de marina marchaba á Veracruz para embarcarse con dirección á la metrópoli. Quiso Morelos hostilizar el convoy, y en esa misma mañana del 18 destacó tres columnas que atacaron simultáneamente la retaguardia y ambos flancos de la división realista, un poco más allá del pueblecillo de San José Chachapa. Estos ataques fueron, sin embargo, rechazados por Porlier, que había tomado el mando en jefe como oficial de mayor graduación, quedando muerto en uno de los asaltos el coronel insurgente Tapia; el convoy siguió su marcha á Ojo de Agua, y las tropas de Morelos, que perdieron tres cañones y alguna gente, volvieron á sus posiciones de Tehuacán.

No descansó mucho tiempo el infatigable Morelos después de la expedición que acabamos de referir. Libre de todo temor por el lado de Oaxaca, cuya guarnición sólo se ocupaba en construir trincheras y abrir profundos fosos, y alejado el convoy con su fuerte custodia rumbo á Perote, creyó con acierto que era tiempo de marchar contra Orizaba. Además, en su reciente expedición había interceptado algunas comunicaciones en que el comandante

realista de esa plaza, don José Antonio Andrade, pintaba al de Puebla su angustiosa situación. Un golpe de mano sobre tan importante villa en que se hallaban depositadas algunas sumas de dinero pertenecientes al gobierno y valiosas cantidades de tabaco, debía ser tan perjudicial al enemigo como provechoso á la causa nacional. Resuelto á llevarlo á cabo salió de Tehuacán el 25 de octubre al frente de mil hombres escogidos, y tres días después cayó impetuosamente sobre el Ingenio, punto poco distante de Orizaba, haciendo prisionera á toda la guarnición que lo defendía, y destrozando por completo á una fuerza de cincuenta hombres que salió de esa villa al saberse la aproximación de los independientes al Ingenio.

Al siguiente día, 29 de octubre, tronaban desde muy temprano los cañones de Morelos en el cerro del *Borrego* que domina completamente á Orizaba, y batían la garita del Molino situada en el extremo occidental. Galeana se precipitó sobre este último punto atacándolo por el frente y ambos flancos, y después de un encarnizado combate desalojó á sus defensores que entraron en la villa en medio de horrible confusión y revueltos con una tropa de caballería que salió á última hora en su auxilio. Renovóse el ataque en la trinchera del puente de la Borda, sosteniéndose con grandísimo denuedo los realistas, pero flanqueados también por las secciones de don Pablo y don Antonio Galeana, hubieron de abandonarla al fin, retirándose Andrade con los restos de la guarnición por el camino de Córdoba. Morelos hizo salir en su persecución á toda su caballería, la cual obligó á la mayor parte de los fugitivos á rendirse en el llano de Escamela; Guerrero y Galeana continuaron desde allí en seguimiento de Andrade hasta las puertas de Córdoba, donde éste entró casi solo debiendo la vida y la libertad á la ligereza de su caballo ¹.

«Acción tan brillante, dice el historiador Bustamante refiriéndose á la toma de Orizaba, puso en manos de Morelos nueve cañones de todos calibres, más de cuarenta cajas de pertrechos, el armamento de la guarnición que ascendía á mil hombres, el valor que representaban trescientos mil pesos en plata, alhajas y vales, y los que los realistas extrajeron del pueblo de Zongolica. Permitió á sus soldados el saqueo de los almacenes de tabaco, que al fin mandó quemar. Con razón, pues, ha sido tan celebrado este ataque brillante en el que

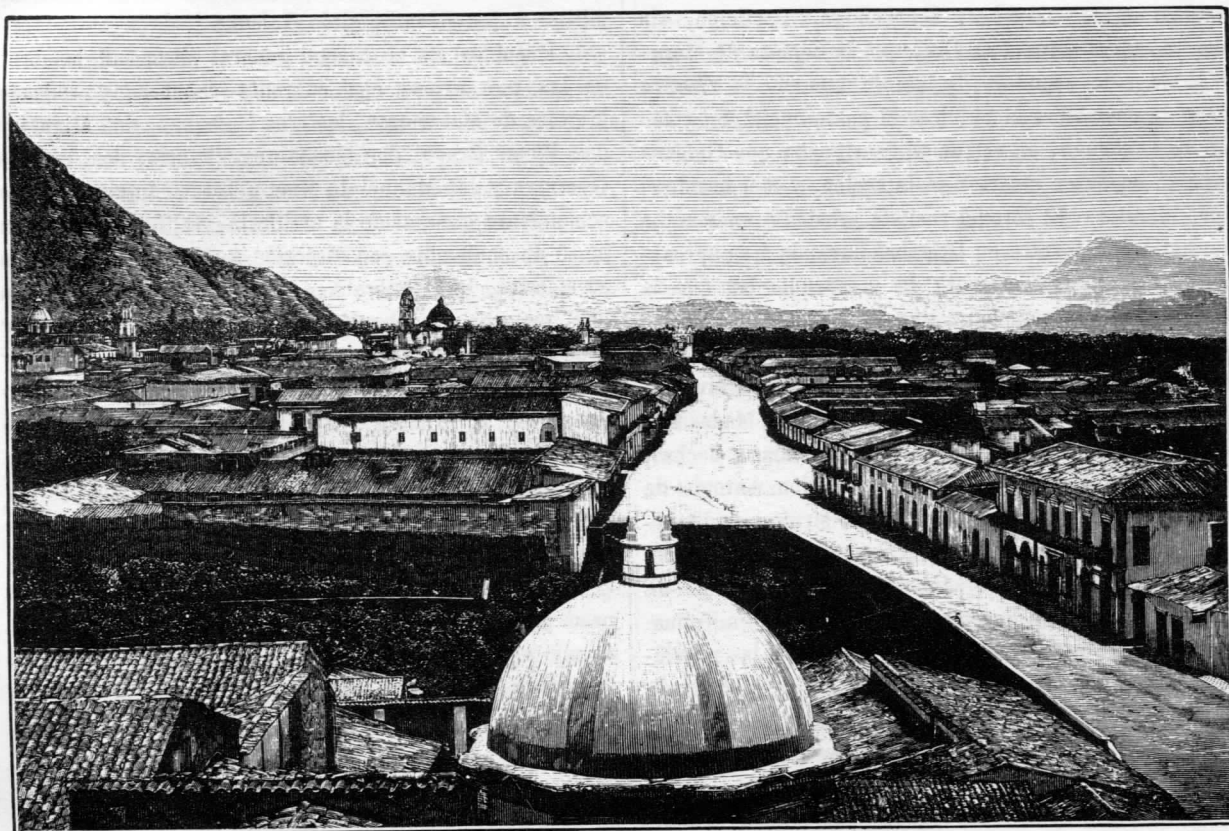
¹ BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo II, pág. 182, edición de 1844. Este historiador dice de Trujano: «Era de cuerpo pequeño y de espíritu fogoso, pero al mismo tiempo reflexivo y prudente, valeroso hasta el último grado, combinador exacto y astuto; poseía el sigilo y era impenetrable aun para los que le rodeaban muy de cerca; esencialmente sumiso á sus jefes, dulce y compasivo, ganaba el corazón del soldado sin dar lugar á que le faltase en la obediencia; amó á su patria con el más exaltado entusiasmo.»

¹ El historiador Alamán, que ocupa frecuentemente varias páginas de su obra con la descripción de las acciones de guerra de poca importancia desfavorables á los independientes, tomando todos los detalles de los inexactos partes oficiales de los realistas, consagra á la relación de los reveses sufridos por éstos muy pocos renglones. Puede mostrarse como ejemplo lo que dice de la toma de Orizaba por Morelos: «La guarnición se defendió con resolución durante dos horas, pero muerta mucha parte de ella, el coronel Andrade tuvo que retirarse á Córdoba, abandonando seis cañones y multitud de armas, y en su retirada fué vivamente perseguido hasta medio día: la tropa que no pudo seguir á Andrade quedó prisionera.» Esta concisión, casi siempre usada por este autor cuando se trata de los triunfos de los independientes, forma contraste con su natural tendencia á referir los más insignificantes detalles y casi siempre las más inconducentes fruslerías.

lució el valor para acometer, la unión y disciplina para resistir, la previsión para tomar oportunamente todos los puntos del enemigo, y consumir con gloria el combate. No es inferior la que le resultó al coronel don José Antonio Andrade, pues obró como un jefe de valor y disciplina; llenó sus deberes aun estando su hijo Martín prisionero de Morelos, tomado en la derrota que sufrió Labaqui: vióse en el conflicto de obrar como padre y como comandante: salió herido, y aunque las cicatrices que conservó en su cuerpo por esta acción no le honraron como americano, empero le ennoblecieron como á valiente y fiel soldado. Al siguiente día de la entrada en Orizaba

se recogieron los cadáveres de los realistas que pasaron de trescientos.»

Alcanzado el fin principal que se propuso Morelos al tomar á Orizaba, cual fué destruir la gran cantidad de tabaco que allí tenía almacenada el gobierno español, y temiendo que al saberse en Puebla su osada correría avansasen tropas á cubrir las gargantas que separan la provincia de ese nombre de la de Veracruz, resolvió regresar cuanto antes á Tehuacán, y en efecto, saliendo de Orizaba el 31 de octubre (1812) emprendió su marcha para aquel punto. Fundados eran sus temores, porque apenas supo el coronel Aguila su movimiento sobre



Vista de Orizaba

aquella villa, dejó confiado el convoy á la custodia de Porlier, y se dirigió violentamente á las cumbres de Aculcingo con mil quinientos soldados de marina, Asturias, Granaderos, Guanajuato, y escuadrones de México, San Luis y Puebla con algunas piezas de artillería; y el brigadier Llano le envió á toda prisa un considerable refuerzo formado del batallón de Zamora y ciento cincuenta dragones de *España*. Con todas estas tropas avanzó Aguila el 1.º de noviembre por la sinuosa calzada que recorre las *Cumbres*, y más allá del Puente Colorado halló á Morelos situado en una altura con su gente formada en dos líneas de batalla y su artillería enfilando el camino, con la que rompió el fuego apenas los realistas se pusieron á su alcance.

Ventajosa era la posición de los independientes, y

para atacarla, dividió Aguila sus tropas en tres columnas: los batallones de Asturias y Guanajuato marcharon por una garganta paralela al camino real para caer sobre el lado derecho de Morelos; los soldados de marina treparon á una loma que dominaba el ala izquierda de aquel jefe; y Aguila en persona, al frente del resto de sus fuerzas, avanzó por la carretera arrostrando los fuegos de la artillería contraria. Estos movimientos, perfectamente ejecutados, desconcertaron á la primera fila de los independientes que retrocedió en desorden hasta donde se hallaba la segunda, después de abandonar todos sus cañones. Engreídos los realistas se lanzaron al asalto de la postrera línea, pero hallaron allí una resistencia invencible: varias veces cargaron los escuadrones de México y Puebla, y otras tantas tuvieron que cejar con

grandes pérdidas, salvándose á duras penas sus respectivos comandantes Morán y Flon (hijo del conde de la Cadena), á quienes mataron los caballos que montaban. Entretanto Morelos hacía marchar por un camino de travesía que conduce á Tehuacán sus bagajes y gran parte de sus tropas, y después de haber rechazado las pocas que quedaron el último asalto de los realistas, siguieron la misma vía y se unieron á sus compañeros en el pueblo de Chapulco.

No pensó Aguila en perseguir á Morelos, que se retiraba ordenadamente y que antes de entrar en Tehuacán pudo reunir á todos sus dispersos, faltándole solamente los cañones de que se hizo dueño en Orizaba y que dejó en las *Cumbres* al enemigo. Participó, sin embargo, aquel coronel al virey que la derrota de Morelos había sido completa, y así lo anunció la *Gaceta* del 17 de noviembre al publicar el parte oficial del combate de Aculcingo, en el que se consignaba que Galeana y Arroyo quedaron muertos en la acción, y mal herido el mismo Morelos. El coronel realista prosiguió su marcha y un día después entró en Orizaba, huyendo á su aproximación el débil destacamento de independientes que la guarnecía y que á poco logró llegar también á Tehuacán.

En este punto ocupóse Morelos en organizar sus tropas, desplegando en esa tarea su portentosa actividad. Logró proveer de fusiles á muchos de sus soldados que habían llevado hasta entonces por armas hondas y flechas, y confirmó en el empleo de intendente á don Antonio de Sesma, hombre honrado y patriota que sirvió con distinción en las filas insurgentes¹. Varias cartas que había interceptado, así como repetidos avisos que recibió de Puebla, le anunciaban que pronto sería atacado en Tehuacán, punto excelente para atender desde allí á las provincias cercanas de Veracruz y Oaxaca, pero inadecuado para sostener un asedio. Estas consideraciones le decidieron á internarse en la segunda de aquéllas é intentar la toma de su capital, pero queriendo encubrir con el mayor misterio su proyecto, fué impenetrable en este sentido aun para sus más distinguidos oficiales, haciendo dudar con astucia la dirección que se proponía seguir, pues mientras unos creían que marcharía á la costa del Sur, el mismo Morelos escribía á algunos jefes de partidas diciéndoles que pronto efectuaría un movimiento contra Puebla.

Entretanto, concentrábanse en Tehuacán las divisiones de Matamoros y de don Miguel Bravo, en cumplimiento de las órdenes de Morelos. El primero, abandonando Izúcar, se le presentó con dos mil quinientos

hombres perfectamente organizados y nueve cañones, distinguiéndose entre sus tropas el batallón de infantería del Carmen, mandado por el coronel don Mariano Ramírez, y los regimientos de San Ignacio y de San Pedro; la artillería iba á las órdenes del teniente coronel don Manuel de Mier y Terán. Los soldados de don Miguel Bravo, en su mayor parte oriundos de las Mixtecas, si no ofrecían una perfecta organización, eran propios para hacer la campaña en la montuosa y quebrada zona de Oaxaca. Los méritos y servicios del intrépido Matamoros le habían valido desde el 12 de setiembre de aquel año el nombramiento de segundo de Morelos y el grado de mariscal, confiándose también igual empleo militar á don Hermenegildo Galeana¹.

Reunidos en el cuartel general cinco mil hombres de las tres armas con cuarenta cañones, y rodeado Morelos de Matamoros, los tres Galeanas, don Miguel y don Víctor Bravo, don Guadalupe Victoria, don Vicente Guerrero y don Manuel de Mier y Terán, á quien nombró comandante general de la artillería, salió de Tehuacán el 10 de noviembre con dirección á Oaxaca, al frente de su ejército, que ignoraba adónde lo conducía su ilustrado jefe, pero que le seguía con la esperanza de alcanzar prontas y brillantes victorias. Entretanto, Izúcar y Tehuacán, abandonadas por los independientes, fueron ocupadas, la primera, por el teniente coronel Bracho el 14 de noviembre, y la segunda, por el coronel Aguila, once días después de la salida de Morelos.

Mandaba en Oaxaca el teniente general don Antonio González Saravia, que después de haber ejercido el gobierno de Guatemala se hallaba en esa ciudad de paso para México, y como jefe de mayor graduación asumió el mando de las tropas realistas apenas se supo la marcha de Morelos. Eran sus segundos el brigadier

¹ Comunicación de Morelos á Rayón fechada el 12 de setiembre de 1812 en que le participa haber hecho esos nombramientos. (*Colección de documentos de J. E. Heraández Dávalos*, tomo IV, pág. 414):

«Exmo. señor:

»Porque las vicisitudes de la guerra son varias, y mi segundo el Brigadier D. Leonardo Bravo está en México, he nombrado Mariscal al Licenciado Don Mariano Matamoros, cura de Xantelco, por el mérito que en este año ha contraído organizando Brigada en Izúcar, y defendiendo aquella plaza, á más de lo que trabajó en Cuautla, y otros, á que se agrega su talento y letras: por cuyo motivo lo he dado á reconocer por mi segundo, y á quien deberán ocurrir todos, y en todo lo de mi cargo en mi fallecimiento ó prisión, *quod absit*.

»Hace pocos días que le había nombrado brigadier de la sexta Brigada que en Izúcar está acabando de organizar y completar, pero su mérito y aptitud exige este último grado en las presentes circunstancias; pues aunque el Brigadier de la primera Brigada Don Hermenegildo Galeana ha trabajado más, y es de más valor, pero inculptamente no sabe escribir, y por consiguiente le falta aquella aptitud literaria, que recompensa en el otro el menos trabajo personal.

»Sin embargo, el expresado Galeana por su valor, trabajo y bellas circunstancias es acreedor al grado de Mariscal, y por lo mismo se lo he conferido en recompensa de sus fatigas, y para componer el juicio de los hombres, y prohibir una dispersión, ó desavenencia en un caso fortuito.

»Lo más que fuere ocurriendo lo iré participando, y V. E. correrá la palabra. Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel General en Tehuacán, Septiembre 12 de 1810. — José María Morelos. — Exmo Sor. Presbítero Lic. Don Ignacio Rayón. — Tlalpujahuá »

¹ «La escasez de caudales paralizaba los proyectos más bien concertados de Morelos y no se hallaba de pronto medio de ocurrir á ella cuando el ilustre patriota don Antonio de Sesma, persona bastante rica de la provincia de Puebla, se ofreció á ministrar los fondos necesarios, y cumplió su promesa con una generosidad de que hay pocos ejemplos. Morelos premió este acto de patriotismo nombrándolo su intendente de ejército, y Sesma correspondió dignamente á la confianza que de él se había hecho sacrificando sus bienes y la seguridad de su persona á la causa que abrazó.» (J. M. L. Mora. — *México y sus revoluciones*, tomo IV, pág. 394).

Bonavia y el odioso Régules Villasante, á quien hemos visto defender con denuedo á Yanhuatlán y cometer actos de espantosa crueldad. Imponente era el aspecto de defensa que ofrecía Oaxaca: cuarenta y dos parapetos, en cuya construcción se habían gastado ochenta y tres mil pesos, formaban el perímetro fortificado, con cuarenta piezas de diversos calibres. La Soledad, Santo Domingo, el Carmen y San Agustín estaban convertidas en otras tantas fortalezas bajo un plan hábilmente concebido y aprobado por el gobierno vireinal; «un catalán inteligente en fundiciones, dice Alamán, aparte de treinta y seis cañones, había hecho granadas y otros proyectiles; abundaban las municiones, muchas de las cuales se habían traído de Guatemala, y la gente armada no bajaba de dos mil hombres, entre españoles del lugar y contornos, los eclesiásticos que el obispo Bergosa había levantado, la tropa regular y la que volvió con Régules de Huajuapam y la Mixteca. No faltaba, pues, nada de lo que podía ser necesario para una bien sostenida defensa, aunque Saravia, desconfiando de los elementos de resistencia con que contaba, no había cesado de pedir auxilios al virey, haciéndole llegar avisos del apuro en que se hallaba, para lo que se valió de mil arbitrios para hacerlos pasar entre los insurgentes, expresándose de una manera que no pudiesen comprenderlos si caían en sus manos ¹.»

Elementos tan importantes de resistencia envanecieron, sin embargo, de tal suerte á los defensores de Oaxaca, que al saber la salida de Morelos de Tehuacán y su marcha hacia la ciudad, no creyeron que se atreviese á atacarla. Se imaginaron que el verdadero rumbo adonde se dirigía el general mexicano era el de la Costa del Pacífico para intentar la toma de Acapulco, y que su aproximación á Oaxaca sólo tendría por objeto amagarla á su paso, sin emprender un sitio ni mucho menos pretender asaltarla.

Únicamente así puede explicarse el error gravísimo que cometieron, no cuidando de disputar al ejército independiente el paso de barrancas, ríos y desfiladeros que se multiplican en el trayecto de Tehuacán á Oaxaca; puntos ventajosos todos y en los que una corta fuerza hubiera detenido con buen éxito á la división de Morelos, embarazada con sus cañones, cuya conducción se hacía á brazos por aquellos fragosos caminos. Catorce días tardaron los independientes en recorrer la distancia que separa á Tehuacán del ameno valle en que se asienta Etla, y cada uno de ellos testigo fué de las fatigas que hubieron de soportar los bravos insurgentes. Los ríos de Quiotepec, de Cuicatlán y de las Vueltas, crecidos aun en el mes de noviembre, parecían otros tantos fosos naturales avanzados que protegían á los defensores de Oaxaca; vencidos estos obstáculos presentábanse las erguidas y agrestes cimas de la Sierra Madre, cuya

principal cordillera, al recorrer toda la provincia, arroja al Norte y al Sur sus intrincadas ramificaciones, y superadas las montañas luchaban los soldados de Morelos con el hambre, que comenzó á sentirse en el ejército desde su llegada á Cuicatlán. Por eso, cuando desde las alturas de San Juan del Rey miraron á sus piés el delicioso valle de Etla regado por el Atoyac, y allá entre las brumas del Sur distinguieron á Oaxaca, un inmenso clamor se alzó de todas las filas, como saludando el sitio de nuevas victorias y el término de rudos sufrimientos. Apenas ocupada la villa de Etla el 24 de noviembre, Morelos intimó la rendición al teniente general González Saravia, señalándole muy corto término para contestar, y no habiendo recibido ninguna respuesta, dispuso el ataque para el día siguiente. Ya al caer la tarde de ese mismo día 24, las tropas independientes se acercaron á vista de la ciudad, extendiendo luego sus compactas filas por todos los rumbos, y Morelos dictaba á su secretario la orden del día expresada en esta lacónica frase: *A acuartelarse en Oaxaca.*

Fué para los defensores y habitantes de la ciudad noche de angustiosa vigilia la que precedió al asalto. El obispo Bergosa, que no obstante haber sido electo desde hacía un año arzobispo de México ¹ permanecía en su antigua diócesis, vertiendo raudales de indignos denuestos en sus pastorales y armando á los clérigos para que concurriesen á la defensa, salió ocultamente del convento de Santo Domingo, donde se había refugiado algunos días antes, y huyó despavorido por el camino de Tehuantepec llevándose su familia y sus caudales. Este suceso, que no tardó en divulgarse, y la entrada de los batidos escuadrones que al mando de Régules se habían aventurado á atacar las avanzadas de Morelos, aumentaron el temor y la zozobra. Corrían las tropas á cubrir las trincheras y puntos fortificados; salían los habitantes de sus casas y se refugiaban en las ajenas creyendo asegurarse contra el peligro con el simple cambio de morada; rechinaban sobre sus goznes las pesadas puertas de los conventos de monjas y daban paso á doncellas y matronas que demandaban asilo, y como si todo esto no bastase á producir intensa confusión, don Antonio María Izquierdo, presidente de la Junta de seguridad, mandó que fuesen fusilados aquella misma noche trescientos prisioneros de los independientes que llenaban la cárcel, orden salvaje que no fué cumplida, quizá por su misma enormidad.

Lució el nuevo sol y alumbró á las columnas de Morelos que, después de situarse en distintas direcciones, pero convergiendo todas hacia la ciudad, emprendieron rápidamente el paso de ataque, poco antes de las diez de la mañana. El coronel Montañó marchó por la falda del cerro de la Soledad con el objeto de cortar el agua que abastecía á la ciudad y de impedir la retirada por el camino de Tehuantepec; el coronel don

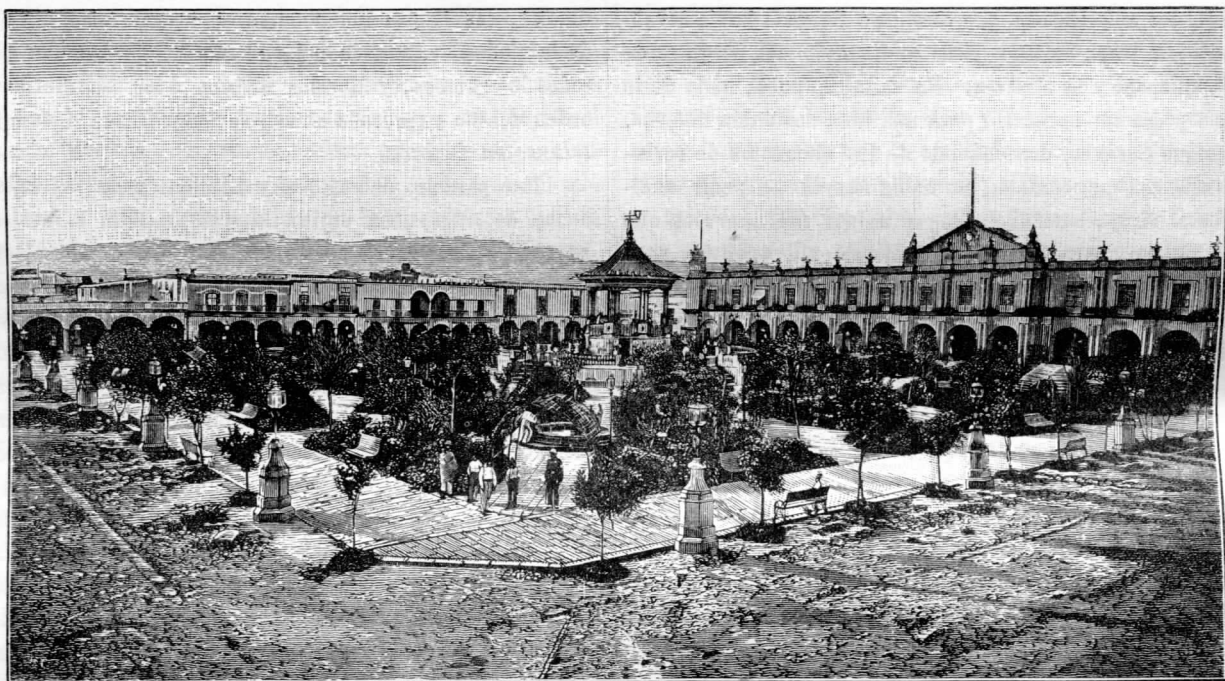
¹ ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo III, pág. 319, edición de 1850.

¹ Capítulo XVI, lib. I.

Ramón Sesma, hijo del intendente, á la cabeza del regimiento de San Lorenzo y sostenido por la artillería que mandaba el hábil Mier y Terán, avanzó contra el punto dominante de la Soledad, defendido por el mismo gobernador militar don Bernardino Bonavia, quien un año antes ejercía igual empleo en la provincia de Durango¹; Matamoros y los Galeanas recibieron orden de embestir por la calle del Marquesado, cerrada por ancho y fuerte parapeto; el capitán Larios tuvo la misión de atacar por el lado de la Merced; don Miguel Bravo, con las tropas de la Mixteca, marchó apoyando los movimientos de las varias columnas, y Morelos, al frente de la reserva, se situó bajo los fuegos del fortín de la Soledad, dando desde allí sus órdenes con su

habitual serenidad, no obstante que á su lado cayeron heridos de muerte algunos soldados por las certeras descargas de los realistas.

La columna de Sesma y el fuego bien dirigido de los cañones de Mier y Terán desalojaron á los realistas de la puerta y fortín de la Soledad, haciéndoles huir, con Bonavia á la cabeza y en el mayor desorden, hasta el centro de Oaxaca. Galeana atacó con brío el convento de Santo Domingo y lo tomó después de un reñido combate, quedando dueño del punto, de tres cañones allí colocados y de trescientos prisioneros; marchó en seguida contra el Carmen, defendido por Régules y un fraile carmelita llamado fray Félix, que opusieron vigorosa resistencia, quedando al fin vencidos y huyendo Régules



OAXACA. — La plaza de Armas

al interior del mismo convento, donde se ocultó en un ataúd. Al mismo tiempo, la columna de Matamoros asaltaba á la bayoneta el parapeto de la calle del Marquesado, y empujando á sus defensores de una en otra posición los arrojó contra el Carmen, ya ocupado por Galeana, quien acabó de destrozarlos. Larios atacó á su vez por la Merced, sin hallar gran resistencia, y fué el primero en llegar á la plaza, donde desembocaron luego las otras columnas vencedoras. Uno de los últimos puntos fortificados que cayeron en poder de los independientes fué el *Juego de Pelota*, defendido por profundo foso. Atacóle el coronel don Guadalupe Victoria, pero sus soldados no osaban avanzar ante el terrible fuego que hacían los realistas desde el mismo edificio y las casas vecinas. Llegaba hasta allí el alegre rumor del campaneó en Santo Domingo y el Carmen anunciando á

Victoria que sus compañeros de armas habían entrado en aquellos puntos de la ciudad; ardía de impaciencia ante el formidable obstáculo que se le presentaba, y deseando dar término á la lucha con un acto de valor desesperado, lanzó su acero hasta donde se hallaban los realistas, y gritándoles: *Va mi espada en prendas, voy por ella*, se arrojó al foso, y pasándolo á nado llegó al pié de los parapetos envuelto por el humo de las descargas. Siguiéronle entonces sus soldados, y momentos después se hacían dueños de la fortificación enemiga¹.

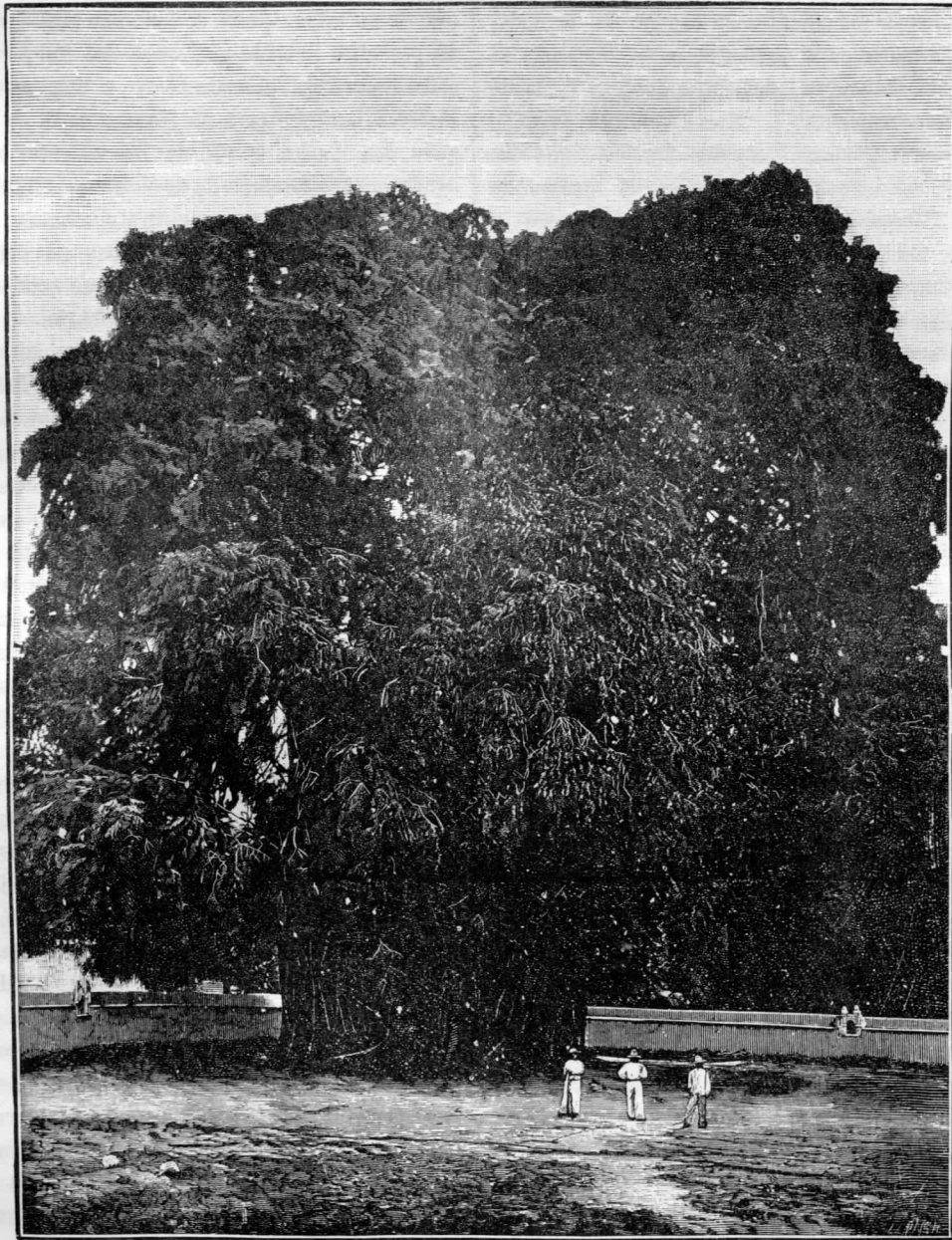
González Saravia, al frente de las caballerías,

¹ Este hermoso y caballeresco rasgo de valor da motivo á Alamán para pretender rebajar á don Guadalupe Victoria. No pudiendo el detractor de la independencia ridiculizar el hecho en sí mismo, escoge con torpeza ese notable incidente del asalto de Oaxaca para burlarse del nombre que adoptó aquel distinguido patriota. (Véase *Historia de México*, por Alamán, tomo III, págs. 322-323, edición de 1850).

intentó detener á los asaltantes cuando algunas columnas habían entrado ya en la plaza principal, pero fuéronle abandonando sus soldados, y encontrándose solo se ocultó en una casa cercana al convento de Belem, pero no creyéndose seguro salió de su asilo durante la noche y tomó á pié el camino de Tehuantepec, donde fué alcan-

zado y hecho prisionero por una tropa de caballería de los independientes que lo condujo á Oaxaca tres días después del asalto.

A la una de la tarde había terminado el combate, y Morelos, que durante la acción se expuso con temerario valor á los fuegos de los defensores, entró en la vencida



OAXACA. — Arbol de Santa María de Tule

ciudad al marcial estruendo de las dianas y de las aclamaciones entusiastas de sus tropas. Hallándose de improviso en medio de la abundancia, después de haber sufrido por tanto tiempo la desnudez, el hambre y la fatiga, los soldados vencedores se entregaron al saqueo no respetando más que á los conventos, cuando precisamente en estos asilos se habían depositado grandes riquezas. «En vano quiso Morelos evitar esos desmanes,

dice el historiador Bustamante, y tal vez los mismos cabos á quienes mandaba custodiar las casas para asegurarlas eran los primeros en robarlas; por tanto se extrajeron muchas sumas, se robó impunemente, y estos excesos continuaron por algunos días.» No puede justificarse este desbordamiento del robo y del pillaje, pero se explica en los feroces usos de la guerra adoptados en aquella época sombría, y en la situación especial de

los vencedores, que después de tantas privaciones se veían dueños de una rica y opulenta ciudad, conquistada á precio de su sangre. Régules Villasante, que ejerció actos de feroz crueldad en los pueblos de la Mixteca, fué encontrado por Matamoros el mismo día del asalto en su escondite del convento del Carmen, y aunque al ser presentado á Morelos le ofreció servir de soldado raso en las filas de los independientes en cambio de la vida, fué condenado á morir en el patíbulo, cuya sentencia se cumplió el 2 de diciembre, demostrando gran cobardía en sus postreros momentos ¹. Murió también fusilado ese día el teniente general González Saravia, que fué aprehendido, como hemos dicho ya, en el camino de Tehuantepec. Ofreció por su vida cuarenta mil pesos, y cuando vió que todo era inútil ante la inflexible resolución de Morelos, se desató en improperios contra él y todos los independientes, y murió con serenidad, diciendo á los soldados que debían dispararle: «*echen balas, que estoy acostumbrado á recibirlas.*» Los dos jefes realistas fueron pasados por las armas en el llano de las Canteras, donde al principio de la revolución espiraron los comisionados de Hidalgo, López y Armenta ². Igual fin cupo al brigadier Bonavia y al capitán don Nicolás Aristi, que recibieron la muerte en la plaza de San Juan de Dios, sitio que fué del suplicio de los jóvenes Tinoco y Palacios, acusados de conspirar á favor de la independencia ³. Algunos de los españoles que cayeron en poder de los asaltantes fueron enviados al presidio de Zacatula, pero los demás quedaron libres y en pacífica posesión de sus bienes.

Pero si los jefes de los vencidos sufrieron entonces todo el rigor de la adversa fortuna, la victoria de Morelos enjugó también muchas lágrimas y dió término á crueles sufrimientos. Hinchidas estaban las cárceles de Oaxaca de prisioneros políticos, víctimas en su mayor parte de la suspicacia de las autoridades realistas; allí habían sufrido lentos martirios y á punto estuvieron de recibir la muerte por disposición del presidente de la Junta de seguridad don Antonio María Izquierdo la noche anterior al asalto. La triunfadora espada de Morelos rompió sus cadenas, y no satisfecho con esto el ilustre caudillo, mandó demoler los calabozos en que habían gemido por tanto tiempo en espera de la muerte ó de la libertad.

Cumplido este acto de reparadora justicia se dedicó el general independiente á organizar la administración de la provincia que acababa de conquistar. Convocó al pueblo en junta, y en ella se eligió á don José María

Murguía, hombre inteligente y honrado, para el cargo de intendente; estableció una maestranza en el convento de la Concepción, poniendo á su frente al distinguido oficial de artillería don Manuel de Mier y Terán; acopió muchas armas é hizo componer todas las de sus divisiones; levantó dos regimientos provinciales, uno de infantería y otro de caballería; vistió á sus soldados, que en su mayor parte se hallaban casi desnudos; fundó un periódico llamado el *Correo del Sur*, cuya redacción estuvo confiada primeramente á don José Manuel de Herrera, antiguo cura de Huamantlán, y luego al abogado don Carlos María de Bustamante; nombró nuevo ayuntamiento formado de mexicanos; erigió una junta de policía; arregló la acuñación de moneda, y dictó otras muchas providencias que prueban su actividad incansable y demuestran el genio de que estaba dotado aquel hombre verdaderamente extraordinario.

Quiso rendir público homenaje de gratitud á la memoria de López, Armenta, Tinoco y Palacios, primeras é ilustres víctimas de la independencia en Oaxaca, y para ello ordenó la exhumación de sus restos para darles honrosa sepultura en la catedral. Celebró también con fiestas solemnes el juramento de obediencia á la Suprema Junta Nacional de Zitácuaro (13 de diciembre de 1812), y en ellas se presentó con el uniforme de capitán general, cuyo grado se le había concedido algún tiempo antes por la misma Junta ¹. En estos momentos la fama de Morelos llegó á su más alto punto, y amigos y enemigos le consideraban como el verdadero jefe de la causa nacional.

La toma de Oaxaca, en efecto, fué un golpe rudísimo para la dominación española. Aparte del cuantioso material de guerra que con ella perdió, grandes y valiosas cantidades de tabaco, grana y dinero del tesoro real pasaron á manos del vencedor, que se halló en posibilidad de hacer frente á las erogaciones de la campaña. Pero las mayores ventajas que produjo á la independencia el triunfo de Morelos, consistían en la posesión de tan importante provincia. Situado en su centro, podía considerarse en medio de un inmenso campo atrincherado por la naturaleza, cubierto y defendido casi por todos lados, hacia el sur y oriente sobre todo, por las barreras que oponen las montañosas ramificaciones de la Sierra Madre y de la Cordillera central. Amenazaba desde allí las villas de Orizaba y Córdoba y la carretera que va de Veracruz á la capital del vireinato; la provincia de Puebla y los valles de Cuautla y Cuernavaca, hacia

¹ BUSTAMANTE — *Cuadro histórico*, tomo II, pág. 218, edición de 1844. — Alomán, que sigue en esta parte de su *Historia* á Bustamante, calla, sin embargo, la flaqueza de Régules al ser aprehendido.

² Capítulo XVI, lib. I.

³ Capítulo XVI, lib. I. También fué fusilado un criado de González Saravia que arrancó de los parajes públicos un bando de Morelos.

¹ Un retrato de Morelos hecho por aquel tiempo en Oaxaca y en el que estaba representado con el traje de capitán general, quedó en poder del jefe realista Armijo en 1815 con los equipajes y archivo de aquel general, conservándose desde entonces en el Museo de artillería de Madrid. En 1875 la señorita mexicana Trinidad Carreño, residente en la capital de España, hizo una copia de ese retrato y lo regaló al Congreso mexicano. Se conserva esta copia en la Secretaría de la Cámara de diputados. — Véase, acerca de las fiestas del juramento, el acta firmada por el escribano del cabildo don José Domingo Romero. (*Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo IV, pág. 789).

el noroeste, quedaban amagados por sus armas; el Sur, en toda su vasta y abrasada extensión, desde Tehuantepec hasta los mortíferos pantanos de Colima, estaba en poder de los independientes, pues que las fuerzas realistas, que se hallaban en la *Costa Grande*, fueron empujadas en breve por el teniente coronel don Vicente Guerrero y don Miguel Bravo desde Jamiltepec hasta Acapulco; este puerto seguía hostilizado por el valiente don Julián de Avila desde el ya legendario campo del Veladero, y gran parte de la provincia de Veracruz, alzada en armas, recibir podía de Oaxaca auxilio eficaz é inmediato. Con razón Morelos escribía á Rayón después de su importante victoria: «Tenemos en Oaxaca una provincia que vale por un reino, custodiada de mares y por montañas hacia el Sur en la raya de Guatemala y por el Norte en las Mixtecas...» y en carta que le escribía con fecha 16 de diciembre: «Esta hermosa provincia merece la atención de la Junta, y en ella tengo por cierto que fundaremos la conquista de todo el reino, ya por ser la primera capital que se toma con macicez, ya por poderse defender con poca gente, y ya, en fin, por los recursos que encierra de hombres útiles, minas, tabacos, puertos y granas, que convertiremos en fusiles. Quisiera que V. E. se viniera á esta capital, pero veo que su ardiente calor hace falta en ese rumbo; mas si la suerte corriese mala, este es nuestro asilo, por las ventajas referidas ¹.»

Tal fué el resultado de la toma de Oaxaca, y remontrándonos al origen, tal el fruto de la determinación de Morelos al situarse en Tehuacán, pues que este punto fué la base de su atrevida y feliz invasión en tierras de la antigua y opulenta Antequera.

Alamán mismo, en su obra apologética de la dominación española, que no merece otro nombre la historia que escribió á mediados del siglo, confiesa que esta notable campaña no fué efecto de la casualidad, sino consecuencia del tino y de la reflexión, y enumera todas las ventajas que ofrecía al caudillo de la independencia la posesión de Oaxaca. «El virey, entretanto, añade ese escritor, obligado á resguardar una larga línea sin poder cubrir todos los puntos amenazados, *hubiera* tenido que perder sucesivamente los unos tras de los otros, y una vez ocupadas las villas, Tehuacán, Tepeaca, Cuautla y Cuernavaca, se *habrían* encontrado en muy difícil posición México y Puebla, y si para su defensa *hubiera* tenido el gobierno que llamar las tropas que tenía empleadas en otros lugares, como lo hizo cuando Hidalgo se aproximaba á México y cuando tuvo que reunir todas las tropas para el sitio de Cuautla, la revolución *hubiera* hecho rápidos progresos en los puntos que *hubieran* quedado desguarnecidos, y el triunfo de ésta podía tenerse por seguro. Morelos conocía la importancia de su posición, y en su correspondencia con

Rayón se le ve indeciso sobre el plan que debía seguir para sacar de ella la mayor ventaja. Presentáronsele por aquellos días (enero de 1813) dos individuos del cabildo de Tlaxcala con una exposición que lo obligó á mandar á Montañó á ocupar aquella ciudad, mientras podía marchar á ella él mismo, lo que por entonces le impedía el acabar de hacerse dueño de la Costa del Sur. Ocupada Tlaxcala, creía seguro posesionarse de Puebla y aun de México, para cuyo fin invitaba á Rayón para que, unido con sus compañeros de la Junta, llamase la atención por el lado de Toluca, para que no cayesen sobre él todas las fuerzas del gobierno, como había sucedido en el sitio de Cuautla, ó si esto no podía verificarse, se inclinaba á dirigirse á las villas de Orizaba y Córdoba ¹.»

Mientras Morelos alcanzaba tan espléndido triunfo y sus tenientes los Bravos (don Miguel y don Víctor) y Guerrero limpiaban de realistas la Costa del Sur, avanzando al poniente hasta Chilapa, don Nicolás Bravo hacía ruda campaña en la provincia de Veracruz. Dos meses después de haber adquirido renombre inmortal en Medellín, perdonando á los prisioneros españoles y vengando así la muerte de su padre, se dirigió á atacar la villa de Jalapa, cuya guarnición seguía al mando del teniente coronel don Antonio Fajardo ², no obstante hallarse en ella los jefes de mayor graduación, Porlier y Hevia, que le ofrecieron tomar parte en la defensa si los independientes se presentaban á combatirla. El 11 de noviembre, Bravo, unido á Rincón, que acudió desde Misantla, á Martínez, á Utrera y otros jefes que sostenían la revolución en la parte septentrional de la provincia, se presentó á la vista de Jalapa, y con gran decisión comenzó el ataque desde las primeras horas del día.

Situados los independientes en la parte alta de la villa y extendiendo su línea hasta la garita de Veracruz al oriente, apoyaban su movimiento llamando la atención de los realistas por el rumbo opuesto de Santiago, las partidas reclutadas en Coatepec por el comandante don Bernardo Bello. Su artillería, repartida en los puntos dominantes del Calvario, Cuesta de Alfaro y San José, rompió vivísimo fuego desde las dos de la mañana sobre los parapetos que enfilaba. A medida que avanzó el día la acción se fué haciendo más reñida: el coronel realista Hevia hizo una vigorosa salida á la cabeza de trescientos hombres, pero fué rechazado por el cuerpo que mandaba don Francisco Susunaga, y según refiere el historiador Bustamante, aquel jefe se vió en gran peligro, atacado cuerpo á cuerpo por un mulato, á quien detuvo metiéndole por la boca el bastoncillo que llevaba en la mano y con el que acostumbraba á pelear en vez de espada ³. Al mismo tiempo, el comandante Utrera asaltaba y

¹ ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo III, págs. 337-338.

² Véase el capítulo anterior.

³ BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo II, pág. 147, edición de 1850.

¹ Véase esta carta en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo IV, pág. 690.

tomaba los parapetos del Calvario, llegando hasta la plaza de la Carnicería, pero detuvo su movimiento de avance el fuego de la artillería realista; una de sus piezas quedó desmontada y le obligó á retirarse, siguiéndole luego las demás secciones de los asaltantes cuando más segura y próxima parecía su victoria.

Este descalabro no libró, empero, á la villa de Jalapa de nuevos amagos por parte de numerosas guerrillas que, situadas en las cercanos puntos de Coatepec,

Naolinco, la Hoya, San Miguel del Soldado y las Animas, la asediaban de continuo y establecían á manera de bloqueo estrechísimo, al grado que con fecha de 21 de diciembre (1812) el gobernador de la fortaleza de Perote, don Juan Valdés, pedía refuerzos al virey por conducto del gobernador militar de Puebla, y le decía que sólo una fuerte división de tropas podría salvar á Jalapa, batiendo y dispersando á las numerosas partidas que la hostilizaban. Bravo, después de su frustrado ataque,



JALAPA. — La Parroquia (hoy catedral)

marchó á situarse en el Puente del Rey sobre la carretera de Veracruz á Jalapa, soberbia construcción que el consulado de aquel puerto había mandado levantar á su costa á principios del siglo ¹. Allí apostado y dueño de las dos eminencias que se alzan á uno y otro lado del río de la Antigua en ese punto, éralo también del camino, y al interceptarlo lograba dos objetos: hacer

¹ Este magnífico puente, que hoy se llama Puente Nacional, fué construido bajo la dirección del ingeniero García Conde y no de don José Rincón, como inexactamente asienta Alamán. Rincón trabajó en la obra del Puente Nacional, pero en calidad de sobrestante.

difícil la comunicación de los realistas entre las dos importantes poblaciones que hemos nombrado, y allegar para sus tropas abundantes recursos por medio de una contribución que impuso sobre cada fardo que se hiciese pasar por el Puente. Las tropas realistas destinadas á conducir los convoyes que subían de Veracruz á México, ó bajaban en dirección contraria, tenían que sostener sangrientos choques con los insurgentes de Bravo, y alejados éstos por el momento de sus posiciones, tornaban á ellas apenas los soldados del rey se perdían en el horizonte. Pudo así detener por muchos días, desde el 14 de enero

de 1813, el paso de una conducta de cuatro millones de pesos que el comercio de México enviaba á España y que puso el virey bajo la custodia del brigadier Olazábal: muchos de los oficiales que obedecían á este jefe murieron en los ataques del Puente, y el convoy llegó al fin á Veracruz, pero después de fatigosa y dilatada marcha, y forzado á dar un largo rodeo hacia el Sur para evitar el paso de las posiciones tan valientemente defendidas por el generoso Bravo.

De esta suerte, las victorias de Morelos en el Sur

y la indomable constancia de las guerrillas del Oriente arrebatában á la dominación española en los postreros meses de 1812 la parte más importante del vireinato. Pero en las provincias del interior se seguía luchando sin tregua ni descanso, y si entre los jefes de la causa nacional que en ellas operaban se alzaba con frecuencia la discordia, y si rivalidades de mando los desunían de continuo, afrontaban siempre al enemigo común, quien los hallaba á toda hora dispuestos al combate y al sacrificio.